

Mis Deberes Como Padre De Familia



Cuando Dios me concedió el alto honor de llamarme padre, me entregó algunas tareas bastante difíciles para las cuales solamente Dios mismo puede hacerme suficiente. Además del trabajo de proveer los alimentos para la mesa tres veces al día, comprar vestidos, zapatos, camisas y todo lo que mis hijos tienen que ponerse, encuentro demandas más obligatorias aún.

Soy sacerdote de mi hogar

Cómo también a los padres piadosos de siglos pasados, Dios me ha entregado a mí el cuidado del altar de mi casa. A mí me corresponde guardar el fuego ardiendo para que Dios, sintiendo el olor suave y agradable de nuestras ofrendas matutinas, se digne llenar el santuario de nuestra casa con Su presencia. Evitaremos así la entrada en ella de influencias del mundo y del mal que ya han arruinado tantos hogares.

Soy maestro de mi hogar

Dios me nombró maestro de mi casa. A mí y a mi querida esposa, Dios no ha llamado a ser los primeros maestros en las vidas de los niños que han venido para alegrar nuestro hogar. Las preguntas sin fin constituyen una tarea ardua, pero a otro no le confío su contestación, no sea que contestando mal algunas de suma importancia, los pies de mis niños vayan por caminos extraviados del mundo y la perdición.

Soy compañero de mis hijos

Ya grande me cuesta interesarme en un juego de pelota. Me cansa correr tras la pelota cuando se extravía bajo el alambrado o se mete en el monte. Pero no me conviene dejar que el deseo innato de mi niño por compañerismo tenga que saciarse con muchachos de malas costumbres y vocabulario impúdico. Comprendo que las semillas del mal que se siembran en corazones tiernos hoy, difícilmente los arrancaré después. Y no solo eso, sino como Lutero ha dicho: “en el amor de padre, que es semejante al amor de Dios, los niños ven la imagen del corazón divino.” Quiero que en nuestros ratos de compañerismo dulce y placentero mi hijo sienta los primeros deseos de buscar aquel compañerismo con su Padre Celestial que será eterno en su duración. Algún día, faltando yo, que no sienta tanto la falta mía por gozarse de compañerismo mejor con Dios.

Soy padre del huérfano

Soy llamado a ser padre del huérfano. Viendo lo que es el padre para el hijo, comprendo el vacío asombroso que la muerte del hombre de la vecindad dejó en la vida del niño que anda desconsolado y solo por la calle. Además comprendiendo que hay padres agobiados por vicios y pecado que ignoran lo que su hijo desea de ellos; siento que a mí me corresponde compartirles el cariño, amor, alegría y bien a que todo hijo tiene derecho en un mundo que con frecuencia se lo niega.

No me considero capaz para estas tareas tan difíciles, pero confiando en la ayuda de Aquel que dijo: “Todo es posible para el que cree”, vivo echado a los pies del Padre Celestial pidiéndole que sea yo un padre según Su propio corazón.

- *Seleccionado*